



# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

## EL CIELO SE DEFIENDE

El contraste es ley de la naturaleza: la compensacion, ley del espíritu. Cada día se vé más claramente la mano de Dios acudir solícita á reparar así en lo físico como en lo moral los desórdenes causados por nuestras torpezas ó nuestras maldades, á la manera que el soldado acude á la brecha á reparar los desastres que causa el enemigo: esto prueba la bondad de su providencia. La incredulidad, enemiga del cielo, pretende hoy escalarlo, y si fuese posible, destruirlo, acumulando errores sobre errores, y negaciones sobre negaciones, como los titanes de la fábula acumulaban montañas sobre montañas; mas cuando juzgan conseguido su objeto, el cielo hace una leve manifestacion de su poder, y los titanes ruedan al abismo convertidos en ridículos polichinelas.

Este pensamiento nos ha sujerido la lectura del siguiente estupendo milagro ocurrido en las barbas de la civilizacion moderna, en Madrid, en la villa del madroño y del oso, donde cada día lo hacen á las mil maravillas «*Las Dominicales del libre pensamiento,*» pretendiendo probarnos con sus piruetas filosófico-literarias que la religion católica es mentira, que nuestra fé carece de fundamento, y que solo son verdad sus dislates, blasfemias y absurdos.

¡Pobres polichinelas!

He aquí el hecho á que nos referimos tal como aparece publicado en el *Boletín Eclesiástico* del Obispado de Madrid Alcalá.

«A una religiosa de veintiocho años de edad, llamada hermana Virginia de Jesus, natural de Alcira, en la provincia de Valencia, que ingresó cuando apenas contaba quince años en el Instituto de las Adoratrices, fundado por la Excelentísima Señora Vizcondesa de Jorbalan, de constitucion muy delicada y muy propensa por tanto á constipaciones, vino á contraer uno muy terrible en Noviembre de 1888, á consecuencia del cual quedó tan resentida del pecho que, habiendo perdido casi por comple-

to la voz y no dejándole un momento la calentura, hubo de trasladarse á Ávila en Julio de 1889, para ver si el cambio de clima podia influir algo en el restablecimiento de su salud. Mas no sucedió así; antes por el contrario, fué empeorando de día en día hasta el punto que el médico D. Fausto Rico, que la asistia, manifestó que aquella enfermedad no tenia remedio, pues era una tisis pulmonal muy adelantada, y que en su concepto, duraria poco: «que acaso, acaso, pasándola á Madrid, donde los tríos son menos intensos, duraria algo más» Á consecuencia de esto, trasladóse á esta Corte nuevamente la enferma á principios de Octubre, aunque ya tan afónica, tan demacrada y tan sin fuerzas, que hubo de meterse enseguida en cama. al parecer para no levantarse más de ella. Y en efecto, así era de esperar, en atención al pronóstico del acreditado médico que la reconoció, el cual, confirmando lo dicho por el de Ávila, «vivirá poco» añadió: «tiene destrozados los pulmones, no conviene molestarla para que coma y tome medicamentos porque todo es inútil... se halla en un estado que nada es capaz de aliviarle.»

En esta afflictiva situacion pasó la enferma mes y medio sin poder estar más que de una misma postura ó recostada sobre cinco ó seis almohadas, pues de otra manera se ahogaba.

Era en este tiempo tan pertinaz y tan continua la tos, que cada cinco minutos tenia 35 ó 40 golpes, con la particularidad de que los esputos eran casi siempre algo de pulmon mezclado con sangre.

En tal apuro fué cuando la reverendísima Madre Superiora General, presentó á la enferma un Crucifijo que la Madre Sacramento tenia siempre en su habitacion y llevaba consigo en los viajes, exhortándola á que, por intercesion de la misma, pidiera al Todo Poderoso la salud para poder trabajar en el Instituto por la gloria de Dios y salvacion de las almas. «Sí, sí, contestó el médico, que acababa de llegar: que haga el Señor lo que yo no puedo hacer.»

Por entonces habia recibido ya la enferma el Santo Viático, y esperábase de un momento á otro su muerte.

Mas al día siguiente, á las once de la noche, como la ahogase un golpe de tos más fuerte que de ordinario, recordó que tenia guardada hacia algun tiempo una firma de la ilustre fundadora que decia: *Tu Madre Sacramento,* y estrujando llena de fé el papelito entre sus dedos hasta reducirlo al tamaño de una píldorita, exclamó: «Señor y Padre mio; así como creo que con vuestro infinito poder disteis vista al ciego con una cosa tan contraria á ella como es el lodo, así tambien creo que por este papel que ha tocado mi Madre Sacramento; me habeis de volver la salud.» Dicho esto, tragó la píldorita, y... ¡oh prodigio! desde aquel mismo momento quedó completamente buena y sana. Cesó instantáneamente la tos, la fatiga, los sudores, volvióle la voz clara y sonora como pocas veces la habia tenido, y en fin, se halló en estado de poder abandonar en seguida la cama y desempeñar cualquier oficio de la casa, si hubiera sido menester.

Mas como habia pasado meses enteros sin dormir ni un cuarto de hora por el malestar que sentia y la frecuencia de la tos, á pesar de lo impresionada y conmovida que la dejó el pasar en un momento de las agonias de la muerte á un estado de salud cabal y completo, rindióla el sueño, y con admiracion de la Hermana que la cuidaba, estuvo dormida plácidamente desde las doce de la noche hasta las seis y media de la mañana; y sin tomar nada absolutamente hasta despues de las ocho, en que comulgó. Desde aquella bendita hora ya comió con apetito y paseó sin la menor molestia, y subió y bajó muchísimas veces la escalera sin cansarse.

Podia suponerse, pero no explicarse, el pasmo y asombro de toda la casa al ver en aquel perfecto estado de salud á la Hermana que consideraban y tenían ya por difunta, tanto más, cuanto que á los pocos días la vieron dirigir en la Capilla la novena de la Purísima Concepcion, haciéndose oír clara y distintamente de 230 personas que la escuchaban.

Tal es, sin comentarios que holgarían, el suceso real é histórico que se ha verificado á la vista de más de 200 personas en esta villa de Madrid, y tal cual lo han certificado médicos tan acreditados como D. Manuel Ortega Morejon y D. Luis Ortega Morejon.»

Y ahora preguntamos nosotros; ¿qué os parece este hecho, *filosóficas* Dominicales? ¿Cómo os explicáis vosotros que una enferma de dos años de dolencia, tísica en tercer grado, con el pulmón destruido, y ya en la agonía, desahuciada de todo remedio humano, acuda al remedio divino de la oración ferviente, se trague una pildorilla de papel escrito por la mano de una santa mujer y quede instantáneamente curada? Aquí de vuestras invenciones. ¿Si tendrá el papel escrito la virtud no conocida hasta ahora de curar instantáneamente á los tísicos en la agonía? Cualquiera cosa seréis capaces de hacer vosotros, antes que creer en el poder de Dios, autor de la naturaleza, á la que como tal autor puede alterar en sus leyes más íntimas según plazca á los desiguos de su Providencia.

¡Desdichados incrédulos! Dios os ilumine.

## BIOGRAFIA OPORTUNA

Lo es la del santo abogado de la peste cuya festividad celebra la Iglesia el día 4 del presente mes: léanla nuestros lectores, pues el tiempo que atravesamos la hace de verdadera actualidad.

San Roque, tan célebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa protección contra el azote de la peste, fué natural del Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Montpellier por los años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque algunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fué sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragón á quienes pertenecía entonces la ciudad de Montpellier y su territorio, que poseían en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació fué recibido y considerado como especial don del cielo, y como fruto de las oraciones de sus padres, que no habiendo tenido hijos, y hallándose en avanzada edad, recurrieron á la Virgen de quien eran singularmente devotos, y le suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oídos sus deseos, y nuestro Santo fué hijo de sus

oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color rojo como grabada sobre el estómago. Todas estas circunstancias le hicieron más amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras más virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo: piadosa preocupación que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educación, aplicándose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad, y una tierna devoción á la santísima Virgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se había adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus más dulces bendiciones aun antes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aun de pecho, que los miércoles y los sábados no le tomaba más que una sola vez al día; y este ayuno lo observó despues toda la vida.

La devoción que mostró á la santísima Virgen fué también como un milagroso efecto de la predilección con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imagen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fué uno de sus más favorecidos, y uno de sus más fieles y celosos siervos. De corazón como nacido para la piedad, y con inclinaciones naturales propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente extraordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de opuléntimo patrimonio; pero todas sus ansias eran por otra herencia todavía más preciosa. Considerando aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan expresamente á todos sus discípulos, y de la cual todos los Santos nos dejaron tan asombrosos ejemplos, tomó la resolución de imitarlos. Con el mayor secreto que le fué posible distribuyó entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitía disponer ni enajenar las raíces, dejó la administración á un tío suyo, hermano de su padre; y disfrazado en peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fué preciso hacer el viaje mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexión, tuvo bien que ejercitar su mortificación y paciencia, pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana perteneciente á los Estados de la Iglesia, supo, y vió el estrago que hacia en ella la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel ejercicio heroico de caridad, se fué á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y delicado, alabó mucho su celo; pero no le pareció prudencia permitirle que se expusiese al contagio. Replicóle

el Santo, que la gracia supliría las fuerzas que le faltaban: que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendría por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecía dar su vida por amor de aquel Señor que por la suya la había dado primero á los treinta y tres de la suya. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oír unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendijo Dios aquella heroica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad. Supo que aquella hacia horriblos estragos en Cesena, ciudad de Romanía, y voló allá. Sucedió en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en otro, y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que esta iba huyendo de san Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual quería tener en su casa al peregrino, y aun corrió la voz de que era un Ángel en figura de tal.

Cuando supo que Roma estaba también tocada de la peste, se le renovó el deseo de ir á aquella santa ciudad, con que había estado de Montpellier. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI estaba para partir á Perugia. Consoló á aquella afligida ciudad la legada del peregrino, de cuya maravillosa caridad la fama contaba tantos prodigios. Quiso verle el cardenal Britónico, uno de los más santos prelatos de su tiempo. Oyóle en confesión, comulgóle, y descubrió en él aquella gran virtud que era origen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oración san Roque, y conociendo que Dios le había oído, convió al Cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó más la virtud de nuestro Santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el Cardenal que el Santo besase el pie á Su Santidad. Postrado Roque á los pies del Virrey de Cristo, le pidió su bendición, y la absolución de sus pecados. *Tú, hijo mio,* respondió el Papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeó el cuerpo del Santo, *no necesitas de nuestra absolución; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones.* Preguntóle despues de donde era, y cual era su familia; á esto enmudeció Roque, y el Papa no quiso apurarle más. Casi tres años se estuvo en Roma nuestro Santo, empleándose en los ejercicios de caridad á que se había dedicado; habiendo cumplido con su devoción, salió de Roma, y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya había estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardia, ocupado siempre en estas heroicas obras de caridad, tuvo

noticia de que la ciudad de Plasencia estaba asfijada de epidemia; peste mular causada por la corrupcion de aire de que ninguno se puede liberar. Al punto pasó alla, y se encerró en el hospital, curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado del propio trabajo, y con necesidad de que otros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, abrumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorrumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad interior; pero la viveza de los dolores le obligaban á dar gritos, que podian incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con ellos, no paró hasta que se hizo hechar fuera de él. Afigia á todos verle tendido en la tierra, y expuesto á las injurias del aire; instábanle para que se dejase restituir á su cama; pero fué invencible la delicadeza de su caridad. Por el miedo de que no inficionase la calle donde estaba tendido, los vecinos se vieron precisados á hacerle salir fuera de la ciudad. Gozoso el Santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fué arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy delicosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aun el día de hoy; dándole el Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavia que comer, pero Dios tomó providencia.

A doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia mientras duraba la peste. Estando un día á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entonces no se hizo mucho caso de este robo pero el día siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal y rió ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por más que éste protestó que estaba bien proveida la tralla, no fué creído. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que

se entró en la choza, que alargó el pan al Santo, y que despues de haberlo halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fué á ver al siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel aire de santidad que resplandece siempre en los Santos, le preguntó quien era, y por qué estaba retirado en aquella choza. Respondióle el Santo, que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa, reprendiéndose á sí mismo su pusilanimidad y cobardía retrocedió á donde estaba el enfermo, y le declaró venir á no abandonarle. —Has sido dichoso, le respondió el Santo, en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dejes todo para servir á él solo. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer. —Quiere Dios, respondió el Santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre en el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo traje vayas á pedir limosna por la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba: pero Gotardo se sujetó á ella, y despues de haber sufrido la gritería de los muchachos, las sumbas, las chufleras, y las reprensiones de los nobles, harto de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven director. Á tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, siguió inmediatamente el premio. Transformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que pesaba, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus días en la soledad. Mientras tanto nuestro Roque, acompañado del nuevo solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al Santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En el camino oyó una voz que le decia: *Roque ya estás sano; vuelve á tu pais donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por ella, se fué á echar á los pies del Santo, llamándole por su nombre, y encomendándose en sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre que así él como su familia y todo aquel pais quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Despues que nuestro Santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huésped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan estenuado y tan desfigurado, que habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazón todo estaba lleno de hostilidades y de sospechas, á causa de las guerras, fué tenido por espia, y como tal fué conducido al gobernador de Montpellier, que no era menos que su mismo tío, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro Santo. Como Roque se habia cerrado siempre en no descubrir quien era, el Gobernador le tuvo por espia, y despues de muy mal tratado, le condenó á carcel perpétua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro Santo cuando se vió encerrado en un oscuro calabozo, y tratado con tanto menosprecio en su mismo pais, y por su propio tío. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio, en que se dice de Jeronimo, que habiendo vuelto á su patria, los suyos no le recibieron. Todas sus conversaciones eran con Dios; pasando en oracion los días y las noches. Como si la oscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para ejercitar su paciencia, añadía nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua, y esta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo era siempre ingenioso, sugiriéndole cada día nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó san Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algun alivio. Solo Dios y la santísima Virgen, por cuyo amor, y á cuya imitacion padecia, eran todo su consuelo. El carcelero, admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su fiel siervo, le reveló el día y la hora de su muerte, y el Santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando este en el calabozo, al cual no entraba luz por ninguna parte, quedó admirado viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó cuando vio que el cuerpo de aquel preso, despedia de sí muchos rayos de gloria más despues que le oyó de confesion y comulgó, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la carcel, se fué derecho y apresurado á casa del gobernador y refiriéndole lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el Gobernador la relacion tratándola de sueño; pero espereció la voz por toda la ciudad de que habia un Santo en la carcel, en un lugar

tante se halló esta rodeada de todo el pueblo. Bajó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salía por las rendijas de la puerta. Ábrela, y encuentra al santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenía á su cabecera una lámpara encendida, y á los lados una tablilla en que estaban escritas estas palabras: *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.*

Dieron cuenta al gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refirió losa á su madre, abuela de nuestro Santo, que vivía aun, respondió aquella señora, que si aquel era su nieto, lo reconocería seguramente por una cruz roja que tendría en el estómago, habiendo nacido con ella. Verificóse luego esta señal, y es fácil comprender cuáles serían los afectos de dolor, de admiración y de gozo en toda la ciudad. Expúsose el santo cuerpo á la veneración pública en una rica cama, debajo de un magnífico dosel, y el Gobernador, que estaba inconsciente por la inocente dureza con que había tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querían lograr el consuelo de besarle los pies, y regarlos con sus lágrimas. El santo cadáver fue conducido como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavía no era catedral, porque la silla episcopal se mantenía en Magüellon, de donde no se trasladó á Montpellier hasta el año 1533. Poco despues su mismo tío hizo erigir una magnífica en honor de su santo sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro Santo por los años 1319, á los treinta y cuatro de su edad.

Pocos Santos comenzaron á tener culto tan pronto como nuestro Roque. Desde el mismo día de su entierro comenzó la devoción particular á su sepultura. Es verdad que muy dedse luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa protección. Por esta experiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el día de su muerte, que fué el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fué una la ciudad de Venecia; y en atención á esto algunos aventureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiración, tuvieron modo de sacar furtivamente de Montpellier una parte de sus reliquias; la otra fué trasladada por el mariscal de Boucicaut á la iglesia de los Padres Trinitarios de Arles, y de aquí se distribuyeron ámpliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reino.

## GRACIAS

Deben darlas y muy expresivas los católicos de Alajar (Huelva) á los cuatro gatos librepensadores de aquel pueblo por el señalado favor que les han dispensado días pasados con ocasion de uno de los entierros civico-bestiales, á que tan aficionados se muestran hoy los discípulos de *Demonófilo*.

Es el caso, que hace poco tiempo murió en aquel lugar un desgraciado á quien con justo motivo se negó la sepultura eclesiástica; al saberlo, reuniéndose en conclave los amigos del diablo, acordaron dar uno de esos bombos ó mejor dicho, de esos escándalos que son el pan nuestro de cada día de que vive la gente del libre pensamiento: al efecto, buscaron una murga, reunieron á todos los curiosos, y desocupados del pueblo y los *civilizadores* acordes de la marsellesa, seguidos de un centenar de chiquillos, se dirigieron en triunfo al campo *no sancto* á depositar el cuerpo del difunto. Pero el asunto no había de quedar así; era preciso dar el escándalo en regla, y para esto cómo prescindir de la consabida carrita á *Las Dominicales*, con aquello tan de cajón de *¡entusiasmo indescriptible! ¡manifestacion imponente! ¡Cura desprestigiado! ¡viva la Pepa! ¡Cómo prescindir digo de estos lugares comunes y escusados?* Los libre-pensadores alajareños, utilizando la primera pluma de ganso que les vino á mano, dirigieron á la gaceta de Lucifer la consabida epístola y... juzgaron haber nuestro ya su pica en Flandes.

Pero no contaron con la huésped. Y la huésped era la indignación de todo el pueblo en general honrado y piadoso. Basta decir que en menos de siete días se acercaban despues á la sagrada mesa mas de *seiscientas sesenta* personas, entre los que figuraban una buena parte de los embancados por los procuradores establecidos en Alajar por la casa *“Satanás y Compañía.”*

¡Pobres libre-pensadores!

Les hemos dicho muchas veces que la Iglesia es un yunque que rompe los martillos que la golpean; que es un árbol que dá más fruto cuanto más le hieren y cortan y no quieren creerlo. ¡Sigán, sigán adelante, que lo que no han conseguido hasta ahora las predicaciones de los buenos, quizá lo alcancen sus escándalos y sus barbaridades. Porque al fin y al cabo ¿quién es el hombre con dos dedos de frente que al ver el cieno no se aparte de él y lo distinga del agua cristalina?

El libre pensamiento vive de la corrupción humana: curada la corrupción se acaba la ceguera. No es como las religiones falsas que pueden vivir á veces en corazones sanos á espensas de un error invencible. Por eso en el mundo podrá haber pueblos budhistas, maometanos, judíos ó protestantes, pero no habrá jamás pueblos libre-pensadores.

Por la sencilla razon de que pueblos de este jaez, se convertirían en un montón de estiércol.

## VARIEDADES

### La comunión del mudo

Todos los años el día 13 de Abril, se recuerda en la catedral de la Rochela el siguiente prodigio:

En 1461 había un niño privado de la palabra, pero muy piadoso, y que no se hallaba bien sino en la iglesia. Un día de Pascua, estando en el templo con su madre, vió como un sacerdote administraba la sagrada Comunión á los fieles; al instante brillaron los ojos del pobre niño, y todos sus ademanes indicaban el ardiente deseo que le devoraba para recibir la santa Hostia. La madre, inspirada por Dios, se acerca al sacerdote y le pide la Comunión para su hijo; pero el ministro del Señor no lo juzga conveniente. La mujer empieza á derramar lágrimas: el chico se arrastra de rodillas á los pies del sacerdote, junta las manos, sus ojos suplican con fervor angelical, y el ministro de Dios, movido de piedad, accede á tan vivos deseos. No bien la sagrada Forma hubo tocado la lengua del niño, se dejó oír una voz juvenil y alegre que decía: *Adjutorium nostrum in nomine Domini!* La madre exclamó:

—¿Eres tú quien habla, hijo mio?

—¡Sí, madre mia. gracias á Dios!

Y el pueblo glorificó al Señor cantando el *Te Deum laudamus.*

## LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción . . . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

### ADVERTENCIA.

No se admiten libranzas de la últimamente creadas para el pago de suscripciones.